

nes simbólicas, de una escena vista, de una reminiscencia. Su manera es clásica y castiza, y en algunos pasajes trae a la memoria los galantes y viejos layes y decires:

Mucho, señora, daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda:
despacio la tendería,
callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
baja lujoso el cabello,
lo mismo que una cortina
que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
de porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuello desnudo:
muy despacio la esparciera,
hilo por hilo la abriera.

La amistad de nuevo, la amistad, que mira como un don celeste, la buena, la leal, la incomparable amistad, que sabía comprender y alabar el espíritu magno del emperador Marco Aurelio. Y hay unas estrofas de octosílabo blanco, la descripción de un sueño, que son obra magistral. Todo es estupendo, el ritmo, las detenciones, las imágenes evocatorias, y el tema: se diría cosa de Beethoven:

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano!

Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: «Oh mármol,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! Que comen
juntos el pan del opróbio,
en la mesa ensangrentada!
Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen,
oh mármol, mármol dormido,
que ya se ha muerto tu raza!»

Echame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: del soclo
saltan los hombres de mármol!

Cuando he visto en la Habana a Martí en mármol—en monumento indigno del inmenso para quien la isla entera sería todavía pequeño zócalo—he recordado esos versos, y he pensado

que ellos parecerían escritos por un hombre de mármol,—por aquel que sabía o presentía su relativa inmortalidad. Y al finalizar sus «versos sencillos», escritos con la más difícil de las sencilleces, como que es la innata lengua genial, exclama:

—Verso, nos hablan de un Dios
a donde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!

Los dos se salvaron.

Y ahora entran sus «Versos libres», —en el cual título creo que Martí quiso jugar con el vocablo. Versos libres, es decir, los versos blancos castellanos, sin consonancia, que generalmente se han prestado a bizarrías clásicas, en los Moratines, en los Núñez de Arce, o en los Menéndez Pelayo,—para hablar de los mayores—y versos libres, es decir, versos de un hombre de libertad, versos del cubano que ha luchado, que ha vivido, que ha pensado, que debía morir por la libertad.

Busque los VERSOS de Martí, los tiene a la mano en los números 3 y 4 de las EDICIONES SARMIENTO.

Ismaelillo, Versos Sencillos, Versos Libres y otros versos en un solo tomo. Remítanos \$ 1.25 y a vuelta de correo llegarán a sus manos.

Como para las otras colecciones, citaré las palabras prologales, que dicen, mejor que nadie, la intención y el arte del eucologio patriótico: «Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe sus alas.

Tajos son estos de mis propias entrañas,—mis guerreros—. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No zurcí de éste y aquél, sino saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. (Advertid que Martí, en ese momento,

no conocía a Nietzsche). Lo que aquí doy a ver lo he visto antes, (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos.—De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebatado de mis visiones, yo mismo tuve la culpa que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles, y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.»

Así habla el varón apostólico y sincero que pone el verso al par de la acción, y que sabe que su propia vida es su verso. Los Estados Unidos, con tipos como Witman y Emerson, le sirvieron, en el hervidero de sus ideas, para fortificarse. E, intachable, noble,—como le conociera el presidente Sáenz Peña, que fué su amigo y otros argentinos y uruguayos,—a aquel arcángel de coraza de acero, se le vieron en ese tiempo, en Nueva York y en Washington, alas de cisne.

RUBÉN DARÍO

Sigue pag 304
Orilla a orilla del mar...

Orilla a orilla del mar
está la niña llorando,
al infinito contando
su triste, enorme pesar...
Orilla a orilla del mar!

«Fué la rosa del rosál
que el caminante cortó,
y en el camino botó
muerto su olor virginal;
fué la rosa del rosál!

«Mi corazón me vendió,
puramente lo adoré,
mi alma infantil le entregué
engañada por su amor...
Mi corazón me vendió!

«Cuando creí ser feliz,
Dios mío, me sentí mujer!
Y él, para no volver
se fué alejando de mí,
cuando creí ser feliz!

«Señor, te pido perdón,
no puedo sufrir ya más,
mi alma vengo a ofrendar
a tu santa compasión...
Señor, te pido perdón!»

Sobre el lejano confín
la luna llena brilló,
y entonces ya no alumbró
más que el Océano sin fin...
Sobre el lejano confín.

Orilla a orilla del mar
la espuma pronto tejió
una mortaja y cubrió
todo el enorme pesar...
Orilla a orilla del mar.

VÍCTOR M. ELIZONDO

Limón, 1921.